

bres, tenían dioses-animales, los tenían mitad bestias mitad hombres, tenían figuras de otros seres compuestos.

En donde hallamos mejor establecida la costumbre de dar nombres tomados de los animales, y, como consecuencia, leyendas que hacen descender de ciertos animales á los hombres y mirarles como dioses, allí encontramos también muy desarrolladas las leyendas que hacen intervenir á los animales en los asuntos humanos. Según los Indios de los Estados del Pacífico, nos dice Bancroft, «las bestias, las aves y los peces comparecen á una señal, hablan y proceden de una manera que deja muy atrás á los héroes de Esopo.» Nuestra hipótesis facilita una explicación natural á la multitud de fábulas de este género que se encuentran en tantos pueblos.

Esta hipótesis explica también los hechos en los cuales se halla invertido el orden de su generación. «Los Salish, los Nisquallis, los Yakimas, dice Bancroft, todos pretenden que las bestias, los peces y hasta las raíces comestibles descenden de antepasados humanos.» Hé aquí, seguramente, una concepción, producida por el error en la interpretación de los sobrenombres. Si «el oso» ha sido el fundador de una tribu de la que ha conservado la tradición las hazañas, hay lugar á dos interpretaciones: ó bien es del oso de quien el hombre ha descendido, ó bien es de éste de quien ha descendido aquél. Muchas metamorfosis de la mitología clásica se han formado probablemente de una manera análoga, cuando los antecedentes humanos así de parentesco como de aventuras eran hartamente conocidos para impedir una opinión contraria.

Dicho se está que la doctrina de la metempsícosis, introducida por estas creencias, comienza á dejarse comprender, y los desenvolvimientos por ella tomados dejan de parecer tan grotescos. Cuando se encontraba un hombre que había llevado varios nombres de animales, llamado águila en esta leyenda y lobo en la de más allá, debía pensarse que había sido unas veces águila y lobo en otras, y no era extraño que una credulidad que nada venía á destruir, partiendo de esta sugestión, forjara la creencia en las transformaciones sucesivas.

Los cuentos en donde se vé á las mujeres dar animales á luz, encuentran de una manera parecida su sitio en esta hipótesis. «Los Dayaks del continente, dice Saint-John, opinan que es malo el matar á la cobra de capella—nombre portugués de la *naja tripudians*—porque uno de sus mayores del sexo femenino estuvo en cinta durante siete años, y parió al cabo dos gemelos: uno era hombre, el otro *cobra*.» Los naturales de Batavia, nos dice Cook, «creen que cuando las mujeres paren un niño dan también á luz un gemelo que es un pequeño cocodrilo, y que la comadrona le lleva al río.»

¿No podemos deducir de aquí que los gemelos de los cuales uno ha adquirido el sobrenombre de cocodrilo, han dado lugar á la leyenda de que se ha formado esta monstruosa creencia?

Si la costumbre de dar nombres de animales para distinguir los individuos ha precedido á la de los nombres propios humanos; si cuando ésta se ha establecido los nombres humanos no han debido reemplazar de pronto los nombres de animales; si unos y otros se han juntado; si en un período más adelantado los nombres de animales han caído en desuso y los sobrenombres convencionales los han echado de su sitio; se puede inducir de esto, en nuestra opinión, que las bestias-dioses han aparecido los primeros; que los dioses mitad bestias mitad hombres han venido después, y que el dios antropomórfico ha venido el último. Este es un punto difícil de demostrar, á causa de la complicación que resulta de la supervivencia de los antiguos cultos entre los nuevos y de la mezcla de las mitologías; pero parece que hay razones para creer que así ha sido en los pueblos entre los cuales ha dominado la costumbre de dar nombres de animales.

Diversos grupos de hechos de menor importancia se unen á los que la tienen mayor para apoyar la creencia de que el culto de los animales es una forma desgajada del culto á los antepasados. El hombre primitivo ha llegado á identificar de tres maneras el animal con el antepasado.

Supónese que el *otro yo* del pariente muerto aparece habitualmente ó de tiempo en tiempo en su antigua morada: ¿cómo sin esto sería posible que los sobrevivientes que en esta morada duermen le viesen en sus sueños? Hé aquí los animales que van familiarmente á las viviendas, cosa que no hacen los animales salvajes en general, y también como entran secretamente de noche. La razón de ello es evidente. Las serpientes lo verifican más que los otros animales. Los pueblos de Asia, de África y de América suponen que son el muerto que vuelve. La costumbre de habitar las casas es el rasgo común á las especies de serpientes que se veneran y adoran; también es la de ciertos insectos y aves á las cuales se rinde el mismo homenaje.

Se cree también que el espíritu, cuando vuelve á visitar la casa, prolonga su estancia en la vecindad del cadáver. De aquí que se consideren como á las nuevas formas dentro de las cuales han pasado las almas de los muertos, los animales que se encuentran en las cavernas que se utilizan como lugares sepulcrales. Se admite que los murciélagos y los buhos son espíritus alados, y de aquí se sacan las ideas de la tradición sobre los demonios y los ángeles.

En fin, y más particularmente, la identificación del animal con el antepa-

sado resulta de la interpretación literal de los nombres metafóricos. Hemos visto ya que el lenguaje primitivo es incapaz de transmitir á la posteridad la diferencia que separa á un animal de la persona que lleva su nombre. De ahí la confusión del uno con el otro; de aquí la idea de que el animal es el creador de la raza; de aquí el origen de un culto. Esta hipótesis además de la de los animales-dioses, explica numerosas y raras creencias: las divinidades mitad bestias mitad hombres, los animales que hablan y desempeñan un papel activo en los asuntos humanos, la doctrina de la metempsicosis, etc.

De modificación en modificación, llevando las complicaciones y las diferencias al infinito, la evolución da á luz sus resultados muy diferentes de sus gérmenes; tenemos de ello un ejemplo en la transformación de las prácticas propiciatorias á los espíritus en culto de los antepasados.

CULTO DE LAS PLANTAS

Como ya hemos visto á su tiempo, los pueblos salvajes y semi-civilizados atribuyen siempre una excitación violenta á la posesión del hombre por un espíritu, ya se deba aquella al ayuno, á la calentura, al histerismo ó á la locura. Ellos dan igual interpretación á todo estado insólito de la mente causado por un estimulante nervoso. Se le cree producido por un ser sobrenatural contenido en el líquido ó en el sólido ingerido.

Hablando de los fumadores de opio, dice Vambéry, «lo que más me sorprendía es que estos miserables fueran considerados como gente eminentemente religiosa: se imaginaban que era su amor á Dios y al Profeta lo que les había conducido á la locura, y que se habían vuelto idiotas para volar, en sus momentos de excitación, más cerca de los seres que amaban apasionadamente.» Bastian nos dice que los mendigos se emborrachan para ponerse en relación con la divinidad: creen evidentemente que la exaltación que sienten es una inspiración divina. Esta era la opinión expresada claramente por el Arafura (papa insular), cuando decía del Dios de los cristianos, del cual se le hablaba: «Este Dios se halla seguramente en nuestro arrack, porque yo no me siento nunca tan dichoso como cuando he bebido hasta la saciedad.»

¿No podemos ver en esta convicción el origen de ciertas creencias relativas á las plantas que producen los licores espirituosos? Evidentemente, y no sin provecho buscaremos la prueba de ello.